

# Misionera por pasión

**Juanita Quispe (soltera, 34 años) fue de misiones a poblados altioplánicos de Perú, a sectores marginales de Colombia y a la selva del Ecuador.**

**A Chile llegó por motivos muy distintos, sin embargo, la necesidad de comunicar la esperanza y el amor de Dios, le llevaron -en paralelo a su nuevo trabajo- a integrarse activamente en una comunidad y comprometerse con sus pares, los migrantes. Esta es su historia:**



Yo empecé a migrar a los 5 años, cuando me llevó mi familia a Tacna desde Puno, donde nací, a orillas del lago Titi -caca. Salí de una cultura muy preciosa, la aymara, y aunque sé el idioma, lamentablemente cuando uno es migrante pierde algunas riquezas de su cultura de origen. Entonces, hay ese cierto vacío en mí.

Recibí la religión católica cuando niña. Recuerdo que mi mamá rezaba mucho. El sacerdote -un norteamericano que aprendió el idioma- iba cuando podía a nuestro pueblo y rezaba y cantaba en aymara.

En Tacna hice mi vida y cuando buscamos mi papel de bautismo para poder hacer mis sacramentos, el cura me dijo con sorpresa ¿adivina quién te bautizó? ¡Era el mismo padre que iba a mi pueblo! Yo lo recuerdo con tanto cariño porque él me ayudó mucho en la fe a salir de mi timidez. No sé en otras partes, pero en la tradición del pueblo las niñas no son tan valoradas; los niños sí, porque son hombres. Sin embargo, este sacerdote nos envió a todos los jóvenes -hombres y mujeres- a formarnos a la Catedral para después dar cursos, catequesis e ir a las misiones. Tenía 15 años y ahí comenzó mi búsqueda. Tocó la Confirmación y el obispo nos pidió que fuéramos fuera de Tacna, a los pueblos más lejanos. A mí me tocó ir a 3 lugares cuando tenía entre 18 y 19 años. Después de eso se me ha metido mucho ser religiosa y me uní a una congregación misionera. Estuve en un pueblito de Colombia por un año entero. Pero la misión que más me marcó fue la de Ecuador, porque fue en el Amazonas. Todo eso fue entre los 20 y los 26.

Cuando estuve fuera de casa, sin embargo, había un bichito dentro de mí que me decía tú eres la mayor y deberías estar ayudando. Estaba feliz pero a la vez sufriendo porque sabía que tenían problemas, que habían perdido la casa. Decidí dejar todo y volver a Tacna; de ahí me vine a Chile para ayudar a mi familia. Llegué a los 29, hace 6 años.

La primera vez que estuve en Santiago estaba súper emocionada y con esa llama todavía de las misiones, de hablar con la gente, de Dios y todo. En la casa de acogida y en la parroquia escuchaba a las mujeres que contaban sus penurias, hasta que me deprimí, creo que porque también estaba sola. Nunca me había pasado eso y me dio una crisis, hasta renegué de Dios y me alejé de la Iglesia. Estuve dos años fuera. Pero Dios es imposible de dejar, pues de alguna manera me atrajo de vuelta.

Hoy soy la coordinadora del equipo de liturgia de la Parroquia Latinoamericana y me parece algo muy lindo, porque aquí hay muchos compatriotas y hermanos de otros países que llegan con distintas realidades. La mayoría son mujeres que vienen a aportar en el trabajo de asesoras del hogar, y a mí, que también trabajo como ellas, me ha tocado ayudarlas en el aspecto de la escucha, de que no pierdan la fe, las esperanzas.

Dejé las misiones, pero no puedo dejar la Iglesia. Es como dice el padre Hurtado, si uno ha mirado los ojos de Cristo, imposible no seguirle, no querer verle de nuevo o hacer también que otros le vean.